



## Enrique Juan Palacios: memoria y olvido en la historiografía arqueológica<sup>1</sup>

### Enrique Juan Palacios: memory and oblivion in archaeological historiography

David Anuar González Vázquez  
Centro de Investigaciones y Estudios Superiores  
en Antropología Social, México  
david.anuar.gonzalez@gmail.com

Haydeé López Hernández (2016) *Los estudios histórico-arqueológicos de Enrique Juan Palacios*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Ciudad de México, 196 páginas, ISBN 978-607-484-871-7.

Este libro de Haydeé López Hernández ofrece a historiadores, arqueólogos y lectores en general, una mirada a la figura y obra de Enrique Juan Palacios, así como a la historia de la disciplina arqueológica en el periodo posrevolucionario. El texto está organizado en dos partes, la primera corresponde a un amplio estudio introductorio titulado “El espíritu de los pueblos. Las investigaciones de Enrique Juan Palacios”; la segunda, a la edición de una fuente histórica: *Los estudios histórico-arqueológicos*.

Una triple virtud, digna de señalar, ostenta la propuesta de la autora. En primer lugar, el libro representa un trabajo de edición y publicación de fuentes, en este caso *Los estudios histórico-arqueológicos* de Enrique Juan Palacios, que ven por primera vez la luz de forma íntegra, pues éstos fueron originalmente publicados en 11 entregas

<sup>1</sup> La reseña fue escrita en el marco del proyecto de investigación de maestría del autor, titulado *La Expedición Científica Mexicana: conocimiento y propaganda en clave nacionalista (1936-1938)*, adscrito a la línea de investigación *Cultura y Poder* de la maestría en historia del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)-Peninsular, Mérida, Yucatán. Asimismo, en el marco del proyecto de investigación colectivo PAPIIT UNAM IG400116, “Regímenes de veridicción. Creatividad, verdad y realidad en la configuración de mundos”, Centro Peninsular en Humanidades y en Ciencias Sociales (CEPHCIS)-UNAM, Mérida, Yucatán.

en el *Boletín de la Secretaría de Educación Pública*, entre febrero de 1929 y octubre de 1930 (actualmente se pueden consultar en el Archivo General de la Nación, en el fondo Archivo Histórico de la SEP<sup>1</sup>). ¿Por qué es valiosa esta fuente? Su importancia radica en que encarna una visión alternativa de la historia de la arqueología, con una cobertura temporal que va del siglo XVI al XIX. Además, como señala López Hernández, se ha tendido a considerar *Historia de la arqueología en México* (1979), de Ignacio Bernal, la referencia fundacional en este tema, cuando, en realidad, existen intentos anteriores como el de Enrique Juan Palacios, que se realizaron a la par que se daba la profesionalización e institucionalización de la arqueología en el contexto nacional de la década de 1930 (López Hernández, 2016: 19).

En segundo lugar, la autora nos brinda en su estudio introductorio una visión crítica que abre una nueva ventana para acercarnos al proceso de formación disciplinar de la arqueología; perspectiva que también es una invitación para reflexionar, cuestionar y replantear la historiografía oficial de la arqueología mexicana, a partir de los claroscuros de la memoria y el olvido.

En tercer lugar, López Hernández hace gala de un estilo literario que se agradece, no sólo por hacer ágil e interesante la lectura, sino que genuinamente vuelve un placer leer trabajos históricos; a modo de ejemplo, el siguiente fragmento “De pie en la cima del edificio adosado al templo de Quetzalcóatl, Enrique Juan Palacios recorre con la mirada la Calzada de los Muertos de la ciudad arqueológica de Teotihuacán. Ya han finalizado los trabajos interdisciplinarios que realizaba el equipo de Manuel Gamio en el lugar. Es el año de 1922” (López Hernández, 2016: 43).

Tras haber expuesto tres virtudes que a mi entender le dan un valor agregado al trabajo de la autora, pasaré a hacer una revisión más cercana de las ideas expuestas en el estudio introductorio. Éste se divide en tres apartados: *Olvido e historia*, *Vida y obra*, y *Ocaso*. En general, *Olvido e historia* se ocupa del contexto histórico de la disciplina arqueológica en el periodo posrevolucionario; también trata de explicar y visibilizar las condiciones que permitieron que la obra de Enrique Juan Palacios fuese marginada en la memoria oficial del gremio arqueológico. En tanto que *Vida y obra* y *Ocaso*, presentan una biografía, probablemente la mejor y más extensa que exista de este personaje, a través de la reconstrucción bio-bibliográfica, pues, como señala la autora, la elaboró “A partir de sus obras escritas y en ausencia de la documentación personal” (López Hernández, 2016: 46).

<sup>1</sup> Secretaría de Educación Pública.

En *Olvido e historia*, el primer apartado, López Hernández expone sus referentes teóricos: memoria y olvido, los cuales le permiten enmarcar y construir su problema de investigación. A nivel teórico, siguiendo principalmente los postulados del filósofo Paul Ricoeur, destaca la importancia del olvido en la escritura de la historia, y enfatiza la necesidad de superar las contraposiciones engañosas. Así, el olvido, lejos de ser el enemigo a vencer por la memoria, se vuelve, de hecho, una necesidad, pues la escritura de la historia requiere y usa al olvido en su proceso de selección de los hechos del pasado, desde el presente de la escritura. El olvido mismo habla y se carga de significado al mostrar las elecciones conscientes e inconscientes de los narradores históricos. Finalmente, el olvido también hace posible que tengamos multiplicidad de narrativas históricas y no una única e inamovible historia total.

La autora llega al quid del asunto: el problema de la memoria y el olvido en la construcción de la historia oficial de la arqueología mexicana; cuestión que conduce a examinar una serie de significados subyacentes en la elección de ciertos hechos para resguardar en la memoria oficial del gremio, y desechar otros. El caso concreto que la autora aborda es el de Enrique Juan Palacios, autor con más de 80 trabajos arqueológicos en su haber, quien, sin embargo, no figura ni como personaje secundario en la obra canónica que representa la visión oficial: *Historia de la arqueología en México* (1979), de Ignacio Bernal.

López Hernández emprende un minucioso análisis de la obra de Bernal, donde éste redacta –en el último capítulo, titulado “El triunfo de los tepalcates”– la historia de la arqueología mexicana como disciplina científica, enalteciendo a unos personajes y relegando a otros. En este sentido, Bernal ubica el inicio de la arqueología científica en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnologías Americanas (EIAEA), con Frans Boas como director e introductor de la estratigrafía en México, método que se convertiría en el garante de la científicidad de la disciplina, según Bernal. Manuel Gamio, discípulo de Boas en la EIAEA, se vuelve el representante de dicho método en México y, por tanto, el padre fundador de la disciplina en un nivel descriptivo, al que más tarde se suma Alfonso Caso, quien aporta el nivel interpretativo y el impulso del proceso de institucionalización de la arqueología.

La autora muestra cómo Bernal creó una línea genealógica: Boas-Gamio-Caso, marcada por el uso de la estratigrafía. A partir de ello, reflexiona que la importancia de crear historias disciplinares radica en que éstas fundamentan históricamente los

principios teórico-metodológicos válidos, establecen una delimitación entre la práctica científica y no científica, y dan la pauta normativa del futuro ejercicio de la disciplina.

López Hernández interpreta un doble intento de filiación de Bernal en *La historia de la arqueología en México*. Por un lado, pretende insertar a la arqueología mexicana en la corriente internacional principal, representada en ese momento por Estados Unidos y el método estratigráfico. Por el otro, ubicar ideológicamente la historia de la arqueología bajo la égida de la Revolución Mexicana, pues se superpone la cronología posrevolucionaria al ámbito científico de la arqueología, marginando así a los arqueólogos porfirianos a meros antecedentes liberales pre-científicos, mientras que los arqueólogos posrevolucionarios, comandados por la estratigrafía y el binomio Gamio-Caso, pertenecen al periodo científico impulsado por la ideología revolucionaria.

A partir del análisis que la autora hace de la obra canónica de Ignacio Bernal y la sistemática ausencia de Palacios en ella, la compara con una obra previa de Bernal, titulada *Bibliografía de la arqueología y etnografía. Mesoamérica y Norte de México. 1514-1960*, la cual consta de 23,000 entradas bibliográficas, entre ellas 80 de Palacios. En esta bibliografía, Bernal usó un criterio de inclusión amplio, dando entrada tanto a obras científicas como de divulgación. La autora interpreta de este hecho que Bernal sí conoció la obra de Palacios, pero que su ausencia en su libro canónico indica que no la consideró como científica por no emplear la estratigrafía y en cambio usar otros métodos, principalmente la interpretación iconográfica de glifos y códices, así como la lectura de fuentes coloniales. Cabe señalar que la autora muestra cómo en el periodo posrevolucionario la estratigrafía no fue la única metodología utilizada en la práctica arqueológica, sino que ésta convivió y se complementó con estudios arquitectónicos, cerámicos y, en menor medida, iconográficos y de fuentes.

Además de las consideraciones metodológicas que pudieron influir en la marginación de Palacios, la autora apunta la predilección de Bernal por Caso, ya que éste fue su mentor; por otra parte, a lo largo de la carrera de Palacios, éste se enfrentó contra las tesis de Caso –por ejemplo, sobre la localización de la Tollan de Sahagún, o el origen de la civilización prehispánica–, lo cual pudo haber generado tensiones entre ambos. Asimismo, la coyuntura de profesionalización e institucionalización de

finales de los 30, ligada a la figura de Caso y a la estratigrafía, contribuyeron a dejar en la sombra a Enrique Juan Palacios y su obra.

A lo largo del estudio introductorio, varias preguntas aparecen una y otra vez: ¿por qué está ausente Palacios en la obra de Bernal?, ¿por qué ese olvido?, ¿cuáles fueron las condiciones que lo hicieron posible? y ¿qué significa? López Hernández ofrece una respuesta tentativa:

Con estos parámetros, aquellos actores que defendieron y aplicaron quehaceres distintos a los estratigráficos fueron considerados “personajes secundarios” y *amateurs* que realizaban trabajos decimonónicos y “misceláneos”, y no tuvieron participación en el desarrollo de la arqueología objetiva y profesional —la actual— debido a su falta de cientificidad.

Marginada y obliterada en esta penumbra se encuentra la figura de Palacios y su historia sobre la arqueología. Enrique Juan Palacios realizó numerosas exploraciones en diversos lugares del país, pero no utilizó la estratigrafía como base exclusiva de sus investigaciones, sino que se enfocó en los estudios de interpretación de fuentes coloniales y en los análisis iconográficos (López Hernández, 2016: 42)<sup>1</sup>.

Las dos últimas partes del estudio introductorio son una biografía del polifacético Enrique Juan Palacios, quien estuvo ligado a la educación, a la literatura, a la arqueología y a la historia. La autora proporciona información diversa sobre el personaje, pero considero importante destacar la interpretación y división que hace de la trayectoria de vida de Palacios en dos grandes etapas.

La inicial —que también será la final, en una especie de círculo que se cierra—, se encuentra ligada a la literatura y a la firma *Juan Palacios*, y va desde el inicio de la vida profesional del autor hasta 1910. En esta etapa fue galardonado con una mención honorífica en los Juegos Florales de Puebla en 1902, y se desempeñó como maestro de literatura en la Escuela Normal de Puebla y posteriormente en la Escuela Nacional Preparatoria; también destaca su participación en el Ateneo de la Juventud. Palacios regresará a la literatura tras su jubilación del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) en 1946, y esta vuelta estará marcada por la publicación de la novela *Destellos de medio siglo* (1947), firmada como *Juan Palacios*, donde conjuga literatura y arqueología.

---


<sup>2</sup> Comillas y cursivas en el texto original.

La segunda etapa, que será la parte media del círculo, se extiende de 1910 a 1947, caracterizada por la dedicación de Palacios a la arqueología –en particular al estudio de códices, glifos y fuentes–, a contracorriente de las tendencias metodológicas del gremio arqueológico de la época, aunque también desarrolló intensos trabajos de campo cuando se desempeñó como arqueólogo de la Dirección de Arqueología de la SEP. Durante estos años, el autor firmará sus trabajos como *Enrique Juan Palacios*.

López Hernández señala la participación de Palacios como redactor en el *Album México en el Centenario de su Independencia* (1910), como el punto de transición de una etapa a otra en la vida de Palacios, pues tuvo la oportunidad de escribir los pies de página de las láminas, entre las cuales había paisajes, así como objetos y monumentos arqueológicos. En opinión de la autora “Estas líneas [...]”<sup>1</sup> significaron la inserción de Palacios en la escritura de temas prehispánicos” (López Hernández, 2016: 55).

López Hernández también muestra las plataformas institucionales que Palacios aprovechó para ingresar en el gremio arqueológico, las cuales fueron, principalmente, el Museo Nacional y la Sociedad Alzate (en este último lugar también encontró facilidades para publicar sus trabajos).

Por último, la autora le sigue el rastro a Palacios a través de su andar institucional, desde su puesto como bibliotecario en el Museo Nacional en 1922; pasando en 1925 al Departamento de Antropología de la SEP con el nombramiento de arqueólogo; más tarde, en 1930, siendo inspector de monumentos en la Oficina de Monumentos Prehispánicos del Departamento de Monumentos Arqueológicos, Artísticos e Históricos de la SEP; hasta llegar a concluir su peregrinar en el INAH, al cual ingresó en 1939 como arqueólogo, y ocupó, desde 1944 hasta su jubilación en 1946, su último puesto, el cual fue la jefatura interina de la Dirección de Monumentos Prehispánicos.

*Los estudios histórico-arqueológicos de Enrique Juan Palacios*, de Haydeé López Hernández, es un libro valioso, tanto en cada una de sus partes como en conjunto, pues la autora ilumina partes de la historia de la arqueología que habían permanecido en la penumbra de la historiografía oficial del gremio arqueológico. Así, esta obra revisa, critica y expande nuestra memoria y conocimiento sobre el pasado de esta disciplina y sus actores. 

---

<sup>3</sup> Los corchetes son del autor de esta Reseña bibliográfica.

**David Anuar González Vázquez.** Licenciado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán (UADY). Estudiante de la maestría en historia en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS)-Peninsular. Líneas de investigación: historia de la ciencia, historia de la arqueología, literatura de Quintana Roo. Publicaciones recientes: “Transductores de la claridad: el corrector de estilo en la edición de revistas científicas”, en *Comunidad Académica y Políticas Editoriales* (2016); *Cuatro ensayos sobre poesía hispanoamericana* (2014); “De máscaras y mascarones: parodia y sátira en *Pintura de una dama matante con los médicos sirujanos de Lima*, de Juan del Valle y Caviedes”, en *Signos literarios* (2012).

Fecha de recepción: 27 de noviembre de 2017.

Fecha de aceptación: 5 de diciembre de 2017.